

El compromiso del escritor

Claribel Alegría

El compromiso del escritor no es ni una obligación ni una estrategia. Es más parecido a una enfermedad contagiosa: pie de atleta, digamos, o fiebre tifoidea; y si por casualidad se vive en un área plagada, las probabilidades de contagio son muchas. El compromiso es una reacción visceral al rincón del mundo en que vivimos, a cómo ese mundo nos afecta a nosotros y a nuestros amigos.

Alberto Camus escribió una frase en *El Mito de Sísifo* que me impresionó profundamente. "Si un hombre cree conocer una verdad y no vive de acuerdo con esa verdad —dijo— ese hombre es un hipócrita."

Todos los escritores que conozco están obsesionados con su ecuación personal y por más que quieran disfrazarla, se descubre y salta proponiendo su manera de ver el mundo.

"¿Qué hago aquí? ¿Hacia dónde voy?"

Esas son las preguntas eternas, existenciales y profundamente políticas. Todo creador dedica su vida a comunicar las respuestas con las que ha tropezado mientras trata de evadir los cazabobos y las barricadas de alambres con púas en la carrera de obstáculos de este siglo veinte.

Pasé la mayor parte de mi vida escribiendo poesía sin la menor idea de que tenía la obligación de comprometerme literaria o políticamente con lo que pasaba en mi país, El Salvador, o mi región, América Central.

Hubo antecedentes que me mar-

caron, por supuesto. Treinta mil campesinos fueron asesinados en El Salvador cuando yo tenía siete años. Recuerdo con afilada claridad cuando los llevaban en grupos de tres o cuatro, con los pulgares atados detrás de la espalda (haciéndole el bendito al culo decimos nosotros), a la Guardia Nacional, que quedaba justo frente a mi casa. Recuerdo los tiros de gracia que me despertaban a la media noche. Dos años más tarde, recuerdo con la misma claridad a mi padre, un exiliado nicaragüense, explicándome cómo Anastasio Somoza, con la bendición del ministro yanqui, había mandado a asesinar a Sandino la noche anterior.

Dejé El Salvador para ir a estudiar a una universidad norteamericana. Me casé, tuve hijos, seguí escribiendo poesía, totalmente convencida de que los dictadores centroamericanos (Martínez, Ubico, Carías, Somoza) eran tan inevitables, tan irremediables como los

terremotos y las tormentas que asolan la región.

La revolución cubana me enseñó que un cambio político y social era posible en América Latina. Sin embargo, me decía yo, es difícil que esto se repita; los yanquis con sus boinas verdes y sus helicópteros artillados no van a permitirlo.

Fidel y el Ché me despertaron me hicieron sentir la inquietud, el desasosiego de nuestros pueblos. Desde París y más tarde desde Mallorca contemplé los remolinos que poco a poco se levantaban mientras yo seguía nutriendo mi sentido de culpa burgués. ¿Qué derecho tenía de mantenerme al margen mientras mi gente silenciosamente sufría la implacable represión de la dinastía Somoza y de los coroneles de turno en El Salvador? Algunos de mis poemas empezaron a reflejar ese sentimiento y mi compañero y yo escribimos juntos una novela acerca de la pesadilla de mi niñez: la masacre de Izalco en 1932.

